

“El viaje de Amelia”, presentado bajo el pseudónimo “Natàlia Potter”:

Mi madre entró por la puerta de mi cuarto, con una gran sonrisa y con sus ojos azules brillantes. La miré con cara triste y de mi boca solo salió que estaba cansada de todo. Ella solo me miró y me dijo que todo saldría bien, mientras se le caía una lágrima por la mejilla, lentamente. Al día siguiente miré tristemente por la ventana de mi cuarto y vi como mamá cargaba el coche con nuestras cosas. Sin darme cuenta ya estábamos en ruta, miraba por la ventanilla como la lluvia caía por ella, haciendo carrera haber quien llegaba al fondo primero, y el cielo lleno de nubes gigantes de color gris apagado que tapaban el brillante y vivo azul del cielo y el precioso sol resplandeciente que ese día no pudo brillar con su resplandor como solía hacerlo.

Me llamo Amelia, tengo 16 años y soy de un pequeño pueblo de Valencia llamado Palmera. Aquello es tranquilo, con mucha serenidad y paz. Desde que tengo uso de razón siempre hemos sido mi madre y yo, nos tenemos una a la otra. Ella es la persona más valiente que conozco, nunca me ha dejado sola, ha estado en los momentos más duros de mi vida y cuando yo creía que era mi fin, ella sabía cómo hacer que todo saliera genial.

Hemos viajado por muchas partes de España, mi madre siempre tiene una esperanza que no le cabe en el corazón y una sonrisa preciosa que a veces no se dé dónde la saca, pero yo perdí la esperanza hace años. La Admiro mucho, ella es el rayo de sol que me mantiene con vida.

Aún me acuerdo de cuando mi madre y yo pasamos un tiempo viviendo en Burgos cuando tenía 8 años. La ciudad era preciosa y las catedrales casi me hicieron llorar, pero nos quedamos solo dos años...una pena porque aquello me encantaba.

También me hizo mucha ilusión ir a San Sebastián y ver su bonita playa resplandeciente, las olas del mar tenían una vida increíble. Pensé que nunca vería sitios tan bonitos. Siempre he sido una chica fuerte que ha intentado ver siempre las cosas con perspectiva, intento nunca aferrarse a las cosas porque no quiero llegar a perderlas y que eso me rompa más de lo que ya estoy. No quiero que nada se vaya como arena deslizándose entre mis manos. Dudo mucho que aguantara cierto tiempo sin mis tratamientos o las máquinas que me mantienen con vida. Debido a que tengo una enfermedad crónica pulmonar llamada Neumopatías intersticiales.

Tengo esta enfermedad desde pequeña y siempre nos hemos mudado mucho para tratarla. Mi madre quiere los mejores médicos, las mejores condiciones, lo más avanzado, algo que me pueda mantener a salvo.

Mi primera mudanza fue de Valencia a Burgos, estuvimos poco tiempo allí, ya que a mi madre no le iba muy bien en el trabajo, pero la razón principal de la mudanza era yo: mi madre había oído que, en Andalucía, Sevilla concretamente había un médico muy bueno y decidió probar. Tiempo después el médico se trasladó al extranjero, así que en menos de un año y medio nos volvimos a mudar. Desde los doce estoy en granada, y ahora mi madre a decidido mudarse de nuevo.

Estábamos a medio camino y seguía lloviendo cada vez más, yo no tenía casi fuerza, esta estúpida enfermedad me tenía siempre agotada. Iba perdiendo la noción del tiempo y enseguida me quede dormida.

No sé cuánto tiempo había pasado, pero me dí cuenta de que ya estábamos llegando, al ver un enorme cartel azul con letras blancas que ponía “Madrid 10 km”.

Nunca había visto mi enfermedad como una enemiga, sino algo que forma parte de mí, la tengo desde muy pequeña. Me lo ha hecho pasar muy mal, pero creo que no sería yo si no tuviera no la tuviera, pero por otra parte quiero estar sana y tener en miedo de poder morir en cualquier momento, me gustaría tener una vida normal para variar

Si buscas mis síntomas por internet te va salir lo siguiente “*Dificultad para respirar en reposo o al realizar esfuerzos y tos seca*”. Y los riesgos son bastantes como por ejemplo la presión arterial alta en mis pulmones, insuficiencia respiratoria... Entre

otras.

Al llegar al hospital de Madrid, ya teníamos todo el papeleo y subimos hasta la planta dieciséis donde nos indicaron mi nueva habitación. Los hospitales son todo bastante parecidos, así que no había nada que me hiciera especial ilusión.

Esa noche soñé que mi madre y yo viajamos por toda España. Visitamos los parques de Cantabria, había un paisaje increíble con mucho verde, todo era naturaleza y alrededor tenía tantos animales preciosos... En seguida me di cuenta de que todo aquello era solo un sueño y de que nada era tan perfecto.

En el hospital de Madrid pasaron dos semanas, las clases las impartía en el mismo hospital. Ya tenía dos amigos. Mi cabeza me decía que no podía aferrarme a más personas nuevas, imaginaros que nos volvemos a mudar o peor que no sobrevivo y no poder ver más mundo, aún tengo muchas cosas que descubrir. A veces me sentía tan vacía y perdida por dentro... Siempre quiero que llegue la hora de dormir, porque con mis sueños, veo un mundo nuevo, único, donde soy feliz, sin ninguna preocupación. Creo que si me quitaran los sueños el mundo no sería igual para mí.

¿No creéis que todo sería muy triste y apagado sin sueños y esperanzas?

Un día una doctora me recomendó escribir un diario o una historia, me dijo que eso le salvó en tiempos muy duros y que me podría ayudar a mí. Al principio pensé que era una tontería y un malgasto de tiempo, pero luego empecé a escribir, (y con el tiempo) se convirtió en uno de mis tiempos favoritos.

La escritura me transportaba a un mundo nuevo y diferente. Mi primera escritura fue la de un viaje que hice con mi madre cuando tenía ocho años. En mi relato explico como yo y mi madre fuimos a las islas baleares, Mallorca y vimos las increíbles puestas de sol de Cap de Formentor. En ese momento no tenía palabras para describirlo. La playa era azul turquesa y la montaña era enorme con los árboles verdes, en ese viaje me costó bastante respirar, pero valió tanto la pena... Y los miradores, espectacular. Me quede dormida escribiendo y entre en un profundo sueño.

Pasaron tres meses y escribí muchísimo, hice dos amigos íntimos un chico llamado Oliver y una amiga llamada Esme. Nos escapamos al comedor del hospital para comer algún postre, nos reíamos muchísimo, podíamos estar hora y horas hablando sin parar. Estábamos planeando hacer algún viaje juntos con nuestras madres.

Todos queríamos ir a Barcelona, a ver la increíble sagrada familia o el parque Güell.

Ninguno de nosotros había estado antes y parecía el plan perfecto. Planeábamos una ruta por toda España, para cuando fuéramos mayores de edad. Era como un cuento de hadas.

Mi madre estaba ilusionada con el hecho de que tuviera amigos y que por fin estuviera agusto en un sitio.

Después de acabar de ver la tercera temporada de "Stranger Things", un largo día de tratamiento y una película de "Harry Potter", me fui a dormir. Me costó bastante conciliar el sueño. Tenía bastante dolor en el pecho, pero al final conseguí dormirme.

Mire rápidamente el despertador y marcaban las 4:37 de la mañana. Lo veía todo borroso. Me incorporé rápidamente de mi cama. Casi no podía ni hablar. Puse los pies en el suelo frío, seguía sin poder ver bien, pero por suerte llegué a encender la luz. Me faltaba mucho el aire, casi que no podía respirar y el oxígeno no me hacía nada. De repente me caí redonda al suelo, intentaba llegar al botón para avisar a la enfermera, pero estaba demasiado lejos. Lo único a lo que llegué fué a mi teléfono.

Esme se encontraba muy mal esa tarde y no quería preocupar a mi madre, así que decidí llamar a Oliver. Me lo cogió de inmediato y no puede decir nada más que ayuda, después de eso todo se volvió un poco borroso.

Lo único que recuerdo es a la enfermera y a Oliver entrando por la puerta.

Me desperté sin saber muy bien donde estaba, estaba mareada y desorientada.

Pero de repente escuche la dulce voz de mi madre diciéndome que todo estaba bien. Eso me tranquilizó muchísimo. Cuando ya conseguí unir un poco la vista, mi madre estaba sentada en la butaca dormida, yo la desperté y la llamé. Ella estaba triste y me dijo que el tratamiento no estaba funcionando y que tendríamos que cambiarlo. Normalmente cuando me dice eso significa que nos tendríamos que mudar, pero ella me dijo que nos quedamos en Madrid. Y yo estuve super feliz de que me dijera eso.

A los pocos días de cambiarme el tratamiento sentía que eso no me ayudaría en nada, pero Esme me dijo que pensara en positivo siempre. Decidí escribir sobre mi viaje, mis viajes, mi madre, mi enfermedad, mis amigos y hacer un libro. Cada año de mi vida sería un capítulo. En un solo día ya tenía tres capítulos y eso me hacía feliz y mucho.

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses.

El día 20-1-2020 me mire al espejo y vi mis ojos verdes claros llenos de lágrimas, me recogí el cabello dorado en un moño desaliñado, me tumbe en la cama, cerré los ojos.

Me llamo Sara tengo una hija maravillosa llamada Amelia, es una adolescente encantadora y guapa. Cuando tenía la edad de 5 años le diagnosticaron una enfermedad pulmonar. Eso nos hizo más fuerte tanto a ella como a mí. Yo me crié en Málaga, pero soy una persona que ha estado por casi toda España. Mis padres eran de Madrid, así que me mude allí con mi hija hace unos meses. Todo nos iba bastante bien pero el tratamiento no estaba funcionando y me dijeron que le quedaba poco de vida. Lloré como nunca lo había hecho. Pensé en todo momento en Amelia y no podía imaginar una vida sin mí preciosa hija.

El día 20-1-2020 fui para el hospital a desayunar con ella, entré en su cuarto y la vi dormida. La iba a despertar con una gran sonrisa y unas cosquillas. Pero no despertaba. Amelia. Mi hija. Ella no se movía. Chille lo más fuerte que puede y un montón de médicos me hicieron esperar fuera durante mucho rato. Vino una doctora y de su boca salió que Amelia se había ido. Empecé a chillar, llorar, sentada en el suelo, desesperadamente.

Al día siguiente fui a recoger las cosas de Amelia y encontré su caja de relatos, había uno con más de 100 páginas y el título era "El viaje de Amelia". Me pase todo el día leyendo esa historia. Lo contaba todo: nuestra vida, los viajes, sus amigos...

Era realmente bueno.

Tiempo después me estaba acostumbrando a vivir sola, había decidido mudarme a Barcelona con una vieja amiga mía de la infancia, y también lo hice porque a Amelia siempre le había encantado esta maravillosa ciudad.

Decidí publicar el libro de Amelia. Busqué una buena editorial donde valorarán bien su trabajo. El libro fue bastante bien recibido por la gente y creo que Amelia hubiera estado super contenta de que una parte tan importante de ella, la escritura, estuviera por toda España. Decidí tatuarme el nombre de Amelia con su caligrafía en el tobillo derecho. Y ese día decidí contactar con un traductor para que el precioso libro de Amelia, con la tapa verde como lo eran sus bonitos ojos, se extendiera por todo el mundo. Sabía que nunca recuperare a mi hija, pero siempre la llevaré en mi corazón.

FIN